

UNA APROXIMACIÓN CRÍTICA AL CONSTRUCTIVISMO DE BRUNO LATOUR

A CRITICAL APPROACH OF BRUNO LATOUR'S CONSTRUCTIVISM

Daniel Lara de la Fuente

Universidad Complutense de Madrid, Madrid / España

dalara01@ucm.es

<https://orcid.org/0000-0002-5893-3255>

Recibido/Received: 11/10/2019

Modificado/Modified: 08/04/2020

Aceptado/Accepted: 02/10/2020

RESUMEN

El presente artículo constituye una aproximación crítica de la filosofía de las ciencias sociales propuesta por Bruno Latour. Más concretamente, examina a modo de clarificación conceptual los ejes fundamentales de su sustrato antirrealista. De este modo, se expone en primer lugar el punto de partida desde el cual se va a proponer la crítica, basado en las formulaciones de John Searle y, en menor medida, Russell Keat y John Urry. En segundo lugar, se examina de qué modo Latour responde a dos interrogantes esenciales: 1) ¿de qué modo se niega la existencia tanto de una realidad externa como de un sujeto cognoscente de la misma? 2) ¿en qué medida el acto de conocimiento supone al mismo tiempo un acto de modificación de las entidades y fenómenos estudiados? Como conclusión, se adelantan los elementos principales que habrán de ser detallados para una ulterior crítica detallada y sistemática.

PALABRAS CLAVE

filosofía de las ciencias sociales, realismo, teoría del actor-red, Latour.

SUMARIO

1. Introducción. 2. El realismo como presupuesto ontológico. Conceptos y argumentos. 3. Constructivismo sociológico. Sumaria caracterización heurística. 4. Más allá del antropocentrismo. El constructivismo procesual de Bruno Latour. 5. Conclusiones. 6. Bibliografía

ABSTRACT

This paper is a critical approach of Bruno Latour's philosophy of social sciences. Concretely, it tries to clarify its antirealist perspective. First, I explain my realist point of view, based on John Searle, Russell Keat and John Urry. Second, I want to consider how Latour answers the following questions: 1) how he denies the existence of an external reality and a cognitive agent? 2) In which measure knowing is also a modification of the studied phenomena? The conclusion remarks the most important elements to consider for later works

KEYWORDS

philosophy of social sciences, realism, actor-network theory, Latour.

CONTENTS

1. Introduction. 2. Realism as a ontological presupposition. Concepts and reasons. 3. Social constructivism. Brief definition. 4. Beyond anthropocentrism. Latour's procesual constructivism. 5. Conclusions. 6. References

1. INTRODUCCIÓN

“La sociología [...] sigue promoviendo conocimiento sobre el mundo y lo hace enfrascada en una eterna disquisición epistemológica” (Moreno Pestaña, 2003:54). Con esta contundente aseveración, José Luis Moreno Pestaña sitúa el punto de partida de la obra de Jean Claude Passeron, *El razonamiento sociológico*, aludiendo con cierto donaire a la omnipresencia de una reflexión que la sociología lleva realizando sobre sí misma desde sus albores. Dicha reflexión no es otra que la interminable indagación sobre las condiciones de posibilidad de su conocimiento acerca de los fenómenos que componen sus múltiples objetos de estudio, y que llevada al paroxismo hace interrogar acerca de su propio status científico con el rabillo del ojo puesto en las ciencias naturales, cuya juventud seguramente se marchitó hace tiempo. Como es evidente, los interrogantes epistemológicos realizados en sociología han obtenido respuestas dispares, surgiendo en consecuencia filosofías de las ciencias sociales que muchas de las veces se han mostrado y se siguen mostrando aún incompatibles entre sí. En este sentido, la reflexión epistemológica sobre la sociología no ha estado exenta de modas intelectuales, algo que puede identificarse fácilmente si se echa un breve vistazo al pasado siglo y los diferentes contextos de predominio de concepciones sobre los métodos y principios metateóricos juzgados como propios de esta ciencia social. Como es evidente, todo este intrincado conjunto de principios y métodos responden a interrogantes básicos que implícita o explícitamente cualquier investigador social trae respondidos “de casa” antes de hacer su trabajo, al menos de modo tentativo o heurístico: ¿Qué es la realidad social? ¿Qué permite garantizar que se han obtenido conocimientos del objeto de estudio? ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad de tales conocimientos? La alta abstracción que entraña el abordaje de estos interrogantes, que formulados en crudo podrían resultar un tanto *naïve* y propios de una bisoña ensoñación, podrían aparcarse provisionalmente mientras el quehacer investigador prosigue. Sin embargo, parece evidente que no puede irse más allá de esta provisionalidad, dado que la crítica y la problematización son consustanciales a una actividad intelectual exenta de ceguera. Y cuando estos dos elementos hacen su aparición, el retorno de cuestiones epistemológicas y ontológicas se torna inevitable, sin que ello paralice necesariamente el quehacer sociológico.

En cualquier proceso actual de formación sociológica, términos como “performatividad” o “construcción” seguramente ocuparían puestos muy elevados si fuera posible la realización de un ranking de palabras empleadas por el profesorado y el alumnado en sus exposiciones, intervenciones y argumentaciones en debates. Analistas del discurso de textos escritos y audiovisuales hablan de la “construcción de hechos” y de realidad cuando medios de comunicación dan cuenta sesgadamente de un suceso producido en la valla de Melilla. Algunos especialistas en teoría sociológica, disgustados con el devenir político de la crisis económica desatada en 2008, afirman que sostener la creencia en la existencia de hechos económicos y sociales exteriores a nuestra conciencia contribuye a consolidar imaginarios que perpetúan un mundo injusto. Investigadores de la religión hablan de la “producción social” de lo sagrado, al tiempo que llega a debatirse con pasión si la brecha salarial existe o no con anterioridad a su nombramiento. Esta breve batería de ejemplos reúne al menos un rasgo común. Tal es la impugnación de que los fenómenos sociales existan con independencia de los sujetos, así como sus opiniones y representaciones mentales. En términos propiamente epistemológicos y ontológicos, podría afirmarse que rechazan con rotundidad los principios del realismo externo, una concepción heteróclita que afirma *grosso modo* la existencia de un mundo exterior independiente de nuestras opiniones y representaciones mentales. Como es sabido, el realismo externo hunde sus raíces en

discusiones netamente filosóficas, cuya identificación histórica precisa resulta superflua en este texto. Sin embargo, cuando alguna de las preguntas inevitables nombradas con anterioridad retorna – ¿qué es la realidad social? –, no debería extrañar su extrapolación al mundo social, surgiendo por tanto la reflexión sobre el status ontológico de los objetos de estudio de la sociología.

Como afirma Patrick Baert, el surgimiento y la consolidación de una filosofía realista de las ciencias sociales se produce en respuesta al positivismo a finales de los años 70 del siglo pasado (Baert, 2001:208). Aun compartiendo con su rival un presupuesto esencial acerca de qué es conocer un fenómeno social – explicarlo, entendiéndose como tal la delimitación de sus causas – o en muchos casos el denominado naturalismo – unidad de método de las ciencias naturales y sociales –, sin embargo se registran múltiples y notables diferencias. Entre ellas, cabe destacar un pequeño número que ayude a proporcionar una imagen de conjunto. En primer lugar, la discrepancia en cuanto a qué significa realmente una buena explicación, descartándose en el caso del realismo que ésta haya de tener necesariamente capacidad predictiva, y viceversa. En segundo lugar, la relevancia epistemológica otorgada a entidades no accesibles directamente a la observación empírica se muestra dispar en estas filosofías. Mientras que para el positivismo dichas entidades son juzgadas irrelevantes, para el realismo son el elemento clave de la explicación sociológica, en tanto dan cuenta de los mecanismos subyacentes a los fenómenos sociales. En tercer lugar y en congruencia con lo anterior, para el realismo la identificación de dichos mecanismos sirve para cumplir el objetivo epistemológico por excelencia, que no es otro que dar cuenta de qué manera se producen los fenómenos. Por contraste, para el positivismo esto resulta irrelevante, concediéndose primacía a la observación de regularidades sin que resulte necesario indagar en la razón de su producción.

Cuatro décadas después, el ambiente intelectual ha mutado considerablemente. En este caso, una argumentación a favor de una filosofía realista de las ciencias sociales no tiene ante sí un rival como el denostado mastodonte positivista, a pesar de que la adscripción a sus principios siga siendo, como dijo el filósofo Manuel Cruz hablando de Manuel Sacristán, la acusación que nunca cesa. Por el contrario, los ejemplos delimitados anteriormente son sintomáticos del predominio de una filosofía, también altamente heteróclita, de las ciencias sociales que ha sido adoptada por buena parte de la izquierda académica. Aunque los rótulos no den cuenta exhaustivamente de este cambio, podríamos aproximarnos afirmando que pueden englobarse sus presupuestos bajo el nombre de constructivismo. De igual modo que se ha hecho anteriormente con el realismo, puede definirse heurísticamente el constructivismo como aquel conjunto de principios filosóficos que afirman que “todo conocimiento, [...] es socialmente dependiente [en tanto] todo conocimiento está socialmente construido” (Boghossian, 2009:22). Dada la relatividad social de todo sistema de conocimiento – también el sociológico –, no es de extrañar el choque con el sustrato ontológico del realismo. En función de esta relatividad, según esta perspectiva no sería lícito afirmar la existencia de un mundo independiente de los sujetos, y mucho menos de un mundo social de esta índole.

De algún modo, este ámbito de discrepancia se ha englobado en un conjunto aún mayor que ha generado famosas polémicas que tuvieron en los años noventa del siglo pasado su apogeo. Como es sabido, el ejemplo paradigmático de ello fue el conocido *affaire Sokal*. Aunque en términos de clarificación de posturas los resultados de esta polémica no fueron prometedores, la confrontación entre perspectivas en el ámbito propiamente dicho de la sociología no ha parecido producirse fehacientemente. Percibido este vacío, el presente artículo se enmarca en esta temática, relevante en una coyuntura intelectual actual

caracterizada por el auge de esta manera de pensar filosóficamente las ciencias sociales y, en concreto, la praxis sociológica. Se parte del presupuesto de que, en esencia, los fenómenos sociales estudiados por la sociología pueden interpretarse como ajenos a la conciencia de quien los estudia y que ello, junto a la concepción realista de la explicación sociológica, contribuye a mantener una ciencia social rigurosa a pesar de su eterna juventud. La misión en este caso consistirá en revisar los pilares fundamentales de uno de los principales planteamientos que desafían esta máxima. Tal es el de Bruno Latour.

2. EL REALISMO COMO PRESUPUESTO ONTOLÓGICO. CONCEPTOS Y ARGUMENTOS

Partiendo de alguna manera del presupuesto ontológico que lo sustenta señalado sumariamente en la introducción, es necesario tener en cuenta una obviedad previa a la exposición de mi punto de partida. Si bien tiene como núcleo central la existencia de un mundo externo independiente del sujeto cognoscente, el realismo dista mucho de ser una concepción ontoepistemológica unitaria, y el solo nombramiento exhaustivo de sus múltiples ramificaciones podría considerarse de por sí una tarea fallida de antemano. A ello se le añade una dificultad nada despreciable en lo que respecta al objetivo del presente trabajo: no hay una aportación realmente directa de argumentos por parte de los defensores más notorios del realismo sociológico frente al también heteróclito campo del constructivismo, apelándose muchas de las veces – con independencia de si esto está justificado o no – a una oscuridad y vaguedad de las exposiciones de los contrincantes que en la gran mayoría de los casos parecen resultar suficientes para eludir una revisión y crítica detalladas. La segunda dificultad viene dada por el hecho de que la defensa de los presupuestos realistas carece de una articulación específicamente sociológica que se contraponga a las nociones fundamentales del constructivismo sociológico. Dicha dificultad está plasmada en este propio artículo, dado que sus recursos argumentativos y conceptuales proceden casi exclusivamente de fuentes filosóficas. La excepción la constituye el trabajo de Russell Keat y John Urry. No obstante, dicho trabajo presenta una carencia respecto a los objetivos propuestos en este texto, consistente en que su planteamiento está basado en marcar distancias con el positivismo sociológico. La consecuencia de esto es clara; no se encuentran recursos argumentativos ni conceptuales susceptibles de añadirse al arsenal.

Tanto Mario Bunge como el propio John Searle representan de alguna manera la primera dificultad reseñada. En el caso del primero, en el marco de su célebre defensa del hilorrealismo (Bunge, 2007), se dedica un breve capítulo al análisis del antirrealismo en sus variopintas manifestaciones, dentro del cual se detiene en el constructivismo social durante unas pocas líneas consagradas a reseñar sus fuentes de inspiración filosófica y la espectacularidad de algunas de sus afirmaciones respecto a los fenómenos naturales. En el caso del segundo, su modo de establecer la confrontación es indirecta, presentándose previamente una ontología social propia sustentada conceptualmente en sus ámbitos tradicionales de interés – filosofía del lenguaje, filosofía de la mente, etc. Esta presentación y la defensa tanto del realismo como de la concepción de la verdad como correspondencia entre enunciados y hechos se hace siempre al margen – esté esto justificado o no – de cualquier tipo de bibliografía sociológica susceptible de contraponerse a estos presupuestos. Este hecho implica que se antoja necesaria una reconstrucción adecuada de sus aportaciones nucleares sin tergiversarlas ni restarles precisión. En ello consiste el resto de este capítulo, y

por ello trasciende la condición de mero ejercicio exegético que renuncie a la realización de aportaciones propias.

Dado esto, a continuación se delimitarán los componentes del repertorio conceptual y argumentativo que a mi modo de ver resultan básicos para establecer un diálogo fértil con los los presupuestos de Bruno Latour. No obstante, se antojan necesarias unas aclaraciones previas para prevenir posibles confusiones.

En primer lugar, resulta trivial señalar que es necesario refinar el presupuesto realista tal y como se ha caracterizado un tanto burdamente en la introducción. Ello viene dado por motivos evidentes, puesto que resultaría necio y autorrefutatorio afirmar que una realidad como la social, alumbrada por sujetos humanos, sea precisamente externa e independiente de éstos mismos – al menos de todos ellos –, así como sus representaciones y creencias. Por el contrario y como afirma John Searle, éstas junto a las actitudes son en buena parte constitutivas de esta singular realidad (Searle, 1997:51). Por tanto y empleándose el vocabulario del filósofo estadounidense, puede afirmarse que los fenómenos sociales son ontológicamente subjetivos, esto es, requieren del acuerdo humano y sus representaciones para su existencia y perdurabilidad, incluidos los grandes macroprocesos. Como parece atisbar el propio concepto de subjetividad ontológica, se esgrime simultáneamente la existencia de fenómenos que por el contrario son ontológicamente objetivos, esto es, que han existido y existen con independencia del sistema conceptual, las representaciones o las creencias de las cuales queramos dotarnos para describirlos. El océano atlántico es un ejemplo de esta clase. Si bien la propia conceptualización y las herramientas de conocimiento de este fenómeno responden evidentemente a la acción humana y pueden ser arbitrarias – siendo el propio término “océano” un ejemplo evidente –, éstas no han de ser confundidas con aquél propiamente dicho, por mucho que nuestra aproximación al mismo sea mediada por este conjunto de conceptos y herramientas.

En segundo término, la subjetividad ontológica de los fenómenos sociales no implica sin embargo que éstos sean dependientes de todos los sujetos, así como que no sea posible la generación de proposiciones cuya verdad o falsedad sea independiente de las creencias o representaciones de los agentes. Esto último de algún modo hace referencia a que las proposiciones que se afirman sobre el mundo social pueden estar dotadas de lo que Searle denomina objetividad epistemológica, aunque tanto ésta como la subjetividad sean cuestión de grado y rara vez se den en términos puros. Para ejemplificar estos dos puntos señalados y aun corriendo en el riesgo de persistir en la afirmación de algunas perogrulladas, puede afirmarse lo siguiente. Resulta evidente que el clásico sistema de castas de la sociedad india requirió para su existencia y perdurabilidad del acuerdo y las representaciones – conscientes o no – de ciertos grupos humanos. Sin embargo, no parece erróneo afirmar que dicho sistema es exterior a mi conciencia – a la del autor de este trabajo –, y por tanto independiente en su modo de ser de mis representaciones y creencias. En base a esto, puedo estudiar – como lo ha hecho el antropólogo social Louis Dummont, por ejemplo – sus pilares y su modo de gestación y mantenimiento, generando de esta manera un conocimiento inteligible y accesible públicamente. Asimismo, la afirmación “Gorvachov proclamó la disolución oficial de la Unión Soviética en 1991” parece a todas luces epistemológicamente objetiva, en tanto su verdad es independiente de nuestras creencias y representaciones a pesar de depender evidentemente de la agencia humana para su producción. En este caso, a través de un enunciado performativo por parte del otrora presidente de la URSS.

Hasta aquí se han adelantado algunos rasgos que muestran la singularidad del mundo social y las afirmaciones que pueden realizarse sobre dicho mundo. Para resaltar sociológicamente tal peculiaridad, es necesario destacar un rasgo importante resaltado por

Ian Hacking, consistente en la interacción potencial entre los conceptos y los sujetos a los que refieren, en tanto éstos poseen capacidad reflexiva y pueden reaccionar de distintas formas a diversos tipos de categorización. En algunos casos, puede llegar a producirse lo que Hacking denomina *efecto bucle de las clases humanas* (Hacking, 2001:68), según el cual el conocimiento aportado sobre determinados tipos de sujetos puede devenir falso si se han producido cambios respecto a lo que éstos piensan sobre sí mismos, transformando en consecuencia su identidad o sus representaciones. Tal es el caso de las predicciones de los científicos sociales según Merton, las cuales suelen ser erróneas al convertirse en un componente más de la situación a la que aluden, cambiando en consecuencia el curso inicial de los acontecimientos (Merton, 1936: 903). Como bien afirma, esto no sucede en el caso de ciencias como la física. De ahí su ejemplo, según el cual la predicción sobre la llegada del cometa Halley no influye de ningún modo en su órbita. Bien distinta es la predicción de Marx sobre la depauperación y la concentración de riqueza, que influyó en una ulterior expansión de la organización de las clases trabajadoras que a la postre suavizó cuanto menos su poder explicativo.

Señalados estos puntos, se expondrá el núcleo del que parte mi noción del realismo ontológico. El arsenal conceptual y argumentativo del que parte la defensa de la plausibilidad de este presupuesto lo proporciona el propio Searle, si bien presenta unas carencias que serán reseñadas posteriormente. Previamente a la exposición de dos importantes vertientes de su argumentación en favor de dicho presupuesto, es necesaria la comprensión de algunos elementos básicos de su ontología social, imprescindibles para delimitar las premisas de dicha argumentación. Según Searle, estos elementos básicos de algún modo dan cuenta, en tanto condiciones necesarias, del surgimiento y el mantenimiento de una realidad social. El primer elemento es la distinción entre hechos relativos al observador y hechos denominados intrínsecos del mundo, cuya frontera por otra parte puede ser en múltiples ocasiones compleja de establecer. Como indica Searle, un ejemplo de los primeros pueden ser los colores – pudiéndose considerar producto de los sistemas visuales en respuesta al impacto de la luz –, mientras que de los segundos podría ser la composición química y la masa de un objeto físico – por más que estos conceptos y los sistemas de medición y cálculo sean producto humano.

Dado este supuesto, el segundo elemento es la asignación de funciones y, en especial, de funciones de status a determinadas entidades, lo cual permite en última instancia la simbolización. Partiéndose de que esta asignación es exclusivamente relativa al observador – esto es, no está compuesta de rasgos intrínsecos del mundo –, pueden darse de varios tipos. Una es la denominada por Searle función agentiva, según la cual se imponen funciones a entidades con propósitos prácticos, pudiendo ser éstas tanto objetos naturales – una hoja de un árbol empleada para el aseo íntimo, por ejemplo – como fabricados por humanos. La segunda es la función no agentiva, según la cual se dota de un fin o propósito a procesos de índole natural – por ejemplo, atribuir funciones a órganos de nuestro cuerpo. La tercera y especialmente importante, dentro de la función agentiva, es la anteriormente mencionada simbolización, en la que una entidad (X) significa otra (Y) en un contexto determinado (C). En paralelo al aportado por Searle, puede considerarse ejemplo de ello que los billetes emitidos por el Banco Central Europeo cuenten como dinero en la eurozona.

El tercer elemento es la existencia de la denominada “intencionalidad colectiva”, que alude a conjuntos de creencias y representaciones compartidas por grupos humanos y que no pueden ser reducidas a una mera suma de intencionalidades individuales. El cuarto consiste en la existencia de reglas, sean los agentes conscientes o no de las mismas. Aquí cabe destacar dos tipos, siendo tales las denominadas regulativas – que organizan de un

determinado modo actividades previamente existentes, siendo un ejemplo las de circulación vial– o las constitutivas, las cuales son condición necesaria de la arquitectura de una actividad concreta, en tanto su transgresión implica directamente la renuncia al desempeño de dicha actividad. Como indica Searle, las reglas del ajedrez son un ejemplo de este tipo, en tanto el hecho de no cumplirlas implica por sí mismo dejar de jugar a este juego. En lo que al mundo social se refiere, son especialmente importantes estas reglas constitutivas, dado que para Searle los denominados hechos institucionales se componen exclusivamente de éstas.

Llegados a este punto, es necesario reparar en un punto fundamental. Ha de aclararse qué entiende Searle por hecho institucional, y a qué se contrapone en su composición. Por tal hecho se entiende sencillamente aquél dependiente para su gestación de la existencia de instituciones humanas, siendo por tanto un tipo especialmente importante de hecho social. Este tipo de hecho se contrapone al denominado hecho bruto, que por el contrario es independiente de cualquier institución. Ejemplo de ello podría ser, como afirma Searle, la distancia existente entre el sol y la Tierra.

Esta distinción es fundamental para la primera vertiente de la argumentación de Searle en favor del realismo. Dado que es condición fundamental de la existencia de una realidad social la asignación de funciones de status a entidades – sobre todo la simbolización –, este complejo proceso de atribución tiene como base última elementos que no dependen de instituciones humanas. En otros términos, los hechos brutos tienen primacía lógica sobre los hechos institucionales. Para que un algo (X) signifique otro algo (Y), (X) tiene que construirse en última instancia sobre algún elemento cuya existencia no dependa del acuerdo humano, dado que negar esto incurriría en un proceso circular *ad eternum* de atribución de funciones. Merece la pena ejemplificarse esto último. No cabe duda de que un tótem constituye un ejemplo de hecho institucional, en tanto objeto sagrado mediante el cual determinadas colectividades se representaban a sí mismas. Por tanto, puede afirmarse que dicho objeto es producto de la imposición de una función de status por parte de un grupo humano. Asimismo, parece también evidente que este objeto necesita un sustrato material sobre el cual construirse. Por ejemplo, madera fabricada a partir de materiales cuya existencia es previa e independiente de toda institución humana.

Sin embargo, si se trata de articular una justificación realista específica para la sociología, este argumento resulta a todas luces insuficiente. Poco trasfondo tendría simplemente afirmar que los fenómenos sociales tienen un basamento último en entidades físicas cuya existencia es previa e independiente del acuerdo y las instituciones humanas, y quedarnos simplemente en este punto. He aquí cuando aparece la que cabría denominar como segunda vertiente de la argumentación en favor del realismo, según la cual éste no sería una afirmación empírica o la tipificación de un modo de ser del mundo, sino un presupuesto ontológico que establece un marco necesario de inteligibilidad de cualquier afirmación o conjunto de afirmaciones sobre dicho mundo, sea éste social o no. En otros términos, tal y como lo caracteriza Searle, la existencia de un mundo independiente y externo sería un presupuesto formal del que todo discurso – por supuesto también el sociológico – necesita dotarse para conseguir una comprensión normal por parte de sus receptores, dado que su contenido refiere a elementos ajenos al mismo. Si por ejemplo se afirma que la jerarquía era el valor preponderante en la sociedad india bajo el sistema de castas, la comprensión de este enunciado de algún modo necesita dar por sentada la existencia de una realidad externa al mismo, sobre la que está dando una información – aunque no independiente de todo ser humano, por supuesto. Sin embargo, es necesario reseñar que la comprensión normal de enunciados difiere según a qué entidades refieran. En este sentido, resulta crucial diferenciar

nuevamente entre enunciados que refieren a realidades constituidas socialmente y aquellas que se dan con independencia del acuerdo humano. El criterio de demarcación crucial consiste en que la comprensión normal de los primeros necesitan presuponer la existencia de representaciones humanas, en el aspecto de que la comprensión de una afirmación como “el capitalismo se basa en la obtención de plusvalor” parte del hecho evidente de que no habría capitalismo si no hubieran existido seres humanos. En definitiva, puede deducirse que, partiendo de la trivialidad según la cual los fenómenos sociales son dependientes del acuerdo humano para su producción y su eventual mantenimiento, su estudio sociológico requiere la presuposición de que su modo de ser y su surgimiento es externo e independiente del investigador para poder producir y transmitir un conocimiento susceptible de ser comprendido, incluso si ese conocimiento es potencialmente causante de eventuales cambios en el objeto de estudio concreto por las repercusiones que pueda precipitar por la interacción entre éste y los conceptos sociológicos.

Sin embargo y al contrario de lo que afirma Searle, el presupuesto realista – sociológico o no – es algo más que mera ontología, dado que está dotado de modos propios de articular explicaciones, así como de una visión particular de los conceptos y las teorías a pesar de sus debilidades como filosofía prescriptiva de las ciencias sociales. La visión de estos elementos es explicada con cierto grado de detalle y precisión por parte de Russell Keat y John Urry (Keat y Urry, 1982), y merece ser reseñada brevemente para completar el mapa general del realismo dibujado en el presente trabajo.

En primer lugar, el concepto de explicación. En la introducción del presente trabajo se han bosquejado algunos elementos que lo diferencian respecto al marco positivista. Sin embargo, en este punto es precisa la aclaración de algunas nociones. En primer lugar, el propio concepto de causalidad manejado por el realismo tiene dos elementos básicos que lo sustentan y lo llevan más allá que el mero registro de regularidades. Tales elementos son los mecanismos y las estructuras, cuya función no es otra que delimitar de qué modo y por qué se produce el vínculo causal entre el *explanandum* y el *explanans*, siendo su descripción la clave de la explicación en consecuencia. En este sentido, el cómo y el porqué resultan irrenunciables si previamente se han delimitado cuáles son las entidades relevantes respecto al fenómeno explicado, para posteriormente dar cuenta de sus cambios.

En segundo lugar, cabe destacar el rol otorgado a las teorías y los modelos. Dado que se parte del hecho de que, como se ha reseñado con anterioridad, muchas de las entidades a abordar no son directamente accesibles a la observación, la prominencia de estos dos elementos es un rasgo característico, y van más allá de lo conjetural o heurístico. En este sentido, se parte de un camino alternativo a la inducción tradicional y la diferenciación entre lenguaje teórico y observacional que la constituye, tratándose de representar el conjunto de mecanismos y estructuras que intervienen en el vínculo causal entre elementos para ser puesto a prueba con posterioridad. Ello se realiza mediante procedimientos de lo que Keat y Urry denominan idealización y abstracción (1982:34). Su similitud con el modelo hipotético deductivo ha sido objeto de debate, si bien a juicio de los autores cabe formular las siguientes reservas (1982:35) : 1) como se ha dicho, tanto los modelos como las teorías tienen un rol más fuerte en el caso del realismo, dado que no son meras conjeturas 2) las hipótesis formuladas sobre mecanismos y estructuras subyacentes a los fenómenos poseen compromiso ontológico, lo cual conlleva a postular la existencia de elementos no observables o que no son susceptibles de ser detectados a través de los procedimientos disponibles. Ejemplo de ello podría ser el fenómeno de la cosificación, en tanto mecanismo subyacente de transformación de las relaciones sociales, delimitado por Marx y Lukács entre otros muchos.

3. CONSTRUCTIVISMO SOCIOLOGICO. SUMARIA CARACTERIZACIÓN HEURÍSTICA

¿Qué es el constructivismo social? ¿En qué pilares se sustenta? La dificultad de responder a estos interrogantes no es baladí, y la precisión al hacerlo no puede hacer sino menguar cuando tratan de agruparse distintas formas de pensar la praxis sociológica bajo un rótulo común. El primer elemento a tener en cuenta es que, como tal, el constructivismo como filosofía de las ciencias sociales carece de una articulación sistemática, al menos en lo que respecta a sus concepciones ontológicas, metodológicas e incluso epistemológicas. En lo que concierne a mi conocimiento, no parece haber hasta hoy una obra dedicada exclusivamente a ello. En la mayor parte de los casos, este intrincado conjunto de concepciones no puede sino inferirse a partir de los textos fuente, lo cual entraña evidentes problemas a la hora de clarificar los términos de la discusión.

El problema más rimbombante es de carácter lingüístico. Véase el siguiente pasaje: “así como el camino no estaba trazado antes de que la acción de andar lo constituya como camino, tampoco las cosas ni los hechos estaban ahí antes de que la acción de nombrarlos los constituya como tales cosas o hechos. Es el nombre el que colapsa o empantana los flujos y presta, a ese torbellino remansado, la apariencia de una cierta identidad, de una cierta consistencia, ésa a la que llamamos realidad.” (Lizcano, 2007:18). Enmarcado en el estudio de la formación y el mantenimiento de los imaginarios sociales, el autor lanza una contundente afirmación acerca del rol del lenguaje en calidad de acto de habla perlocutivo, a partir del cual infiere que los imaginarios sociales producen realidades a partir de potentes recursos metafóricos. Como puede notar, en esta afirmación puede verse con facilidad la contraposición al principio realista, en sintonía con tendencias dominantes en disciplinas como el análisis del discurso.

Ahora bien, ¿de qué manera puede un imaginario social “producir realidad”? Véase por ejemplo una noticia (Sánchez, 2014), que informa sobre uno de los innumerables episodios conflictivos sucedidos en la valla fortificada de Melilla. Siguiéndose los postulados de Lizcano, podría afirmarse que expresiones como “asalto a la valla” o “presión migratoria” crean un marco de significado que en potencia puede moldear la conciencia y los sentimientos del agente receptor del mensaje, fabricándose un sistema de creencias sobre un tema relevante de la agenda política. Sin embargo, ¿de qué manera podría argumentarse la equivalencia entre un sistema de creencias y la realidad a la que refiere? En otros términos, ¿de qué modo un campo semántico empleado para relatar un suceso en realidad se convierte en el suceso mismo? Con Bunge y Searle, podría contestarse que la afirmación según la cual “nombrar produce realidad”, además de sobredimensionar la performatividad del lenguaje, lleva implícita una confusión entre afirmaciones sobre hechos y los hechos mismos. En este caso, entre el modo en que se relata un suceso y el suceso mismo.

Sin embargo, al menos el planteamiento de Bunge (Bunge, 1993) – en tanto Searle no se queda en este punto – resulta incompleto. Aun si diéramos por bueno que en la afirmación de Lizcano hay una confusión entre afirmaciones y hechos, si nos detuviéramos aquí soslayaríamos que la problemática es más profunda que un mero malentendido lingüístico. Lo es porque la existencia de unos “hechos mismos”, con independencia de si éstos se enmarcan en una realidad socialmente construida o no, es puesta en tela de juicio. Siguiéndose el hilo argumentativo de Lizcano, el altercado en la valla de Melilla no existe como tal con independencia de los sistemas de categorización pertinentes. Además, ninguno

da cuenta de manera óptima y objetiva del mismo, puesto que éstos son siempre relativos a intereses y preferencias humanos.

La importante dificultad de clarificar los términos de la discusión no impide sin embargo delimitar con cierta fidelidad la genealogía del constructivismo social y ciertos presupuestos comunes. En cuanto al constructivismo como noción general o metadiscurso que va concretándose según las disciplinas científicas, Tomás Ibáñez sitúa su origen en la mecánica cuántica (Ibáñez, 2001), disciplina que a su juicio convierte en obsoleto el marco ontológico realista. Cuatro elementos de la misma provocarían este hecho (2001:26): 1) El principio de complementariedad de Niels Bohr 2) El principio de indeterminación de Heisenberg 3) La denominada “superposición de estados” 4) La no-separabilidad cuántica. Asimismo, cabe señalar un clima intelectual y una subdisciplina que harían posible su expansión durante la década de los sesenta del siglo pasado. El hito y la disciplina son la archiconocida *Estructura de las revoluciones científicas* de Thomas S.Kuhn, y la sociología del conocimiento, que de algún modo se hace eco de este trabajo y emparenta diversas interpretaciones de esta obra con bagajes filosóficos de muy distinta naturaleza. Si bien no se pretende afirmar que las principales figuras de la sociología del conocimiento de entonces tengan una deuda intelectual insoslayable con Kuhn, el trasfondo de su obra resulta innegable como punto de inflexión de orientaciones y debates. En otro sentido, puramente sociológico, Ibáñez destaca también que el constructivismo – o, en sus términos, construccionismo – en tanto doctrina dominante de las ciencias sociales sería un reflejo de cambios sociales, caracterizados por la incertidumbre, la confusión o la pérdida de marcos nítidos de referencia (Ibáñez, 225-226), analizados con detalle en distintas esferas por Richard Sennett (1998) o Zygmunt Bauman (2000).

En lo que respecta a sus presupuestos comunes, destacan la influencia de su crítica a las concepciones positivista y realista del proceder científico y la apelación a sus presuntas consecuencias políticas, consistentes en una aceptación acrítica del mundo social realmente existente, algo que se ve bien en el propio texto de Lizcano, así como en el de Tomás Ibáñez. Afirma éste: “Entiendo, por mi parte, que el realismo constituye un dispositivo ideológico que instituye una fuente de autoridad suprahumana, la propia realidad en este caso, legitimando de esta forma ciertas prácticas de dominación” (Ibáñez, 2001:18).

Dado este trasfondo, la discusión se entablará una de las figuras que más peso tienen en el campo constructivista. El carácter embrionario del diálogo entablado es evidente, dado que un análisis verdaderamente detallado merecería al menos una disertación doctoral. Antes de comenzar el debate es necesario reparar en dos puntos. El primero es que no es posible afirmar con seguridad que el idealismo filosófico sea el sustrato de cualquier constructivismo social. El ejemplo más contundente de esto es el propio Latour y los planteamientos de la teoría del actor-red. El segundo es que, a pesar de algunos lugares comunes, el constructivismo social no tiene en la especulación su fuente exclusiva. En este sentido, bajo los presupuestos de la teoría del actor-red se han realizado múltiples trabajos empíricos, con independencia del dictamen que pueda realizarse sobre su solvencia y rigor metodológicos.

4. MÁS ALLÁ DEL ANTROPOCENTRISMO. EL CONSTRUCTIVISMO PROCESUAL DE BRUNO LATOUR

Como afirma Hacking un rasgo prominente de la polémica entre realismo y constructivismo es la seguridad que cada posición tiene acerca de la insostenibilidad de los

presupuestos del contrincante (2001:118). Bruno Latour no escapa a este hecho. Sin embargo y al contrario que otras figuras como Peter Berger, Thomas Luckmann o Niklas Luhmann, su planteamiento es más directo, y no es necesaria su inferencia por medios indirectos. He aquí un ejemplo: “La noción de un mundo ahí fuera al que la-mente-en-la-cuba trata de tener acceso estableciendo algún tipo de correspondencia segura entre las palabras y los estados de cosas debe valorarse ahora como lo que es: una posición muy poco realista por parte de la ciencia, tan forzada, tan agarrotada, que sólo es posible explicarla en virtud de la existencia de poderosos motivos políticos” (Latour, 2001:137). Calificativos aparte, no resulta complicado caer en la cuenta de que tan contundente aseveración registra al menos tres planos, separables analíticamente. Uno ontológico, según el cual se impugna con vehemencia la representación de una realidad externa e independiente de los sujetos cognoscentes. Otro de índole epistemológica, que rechaza que la verdad de un enunciado consista en su correspondencia con esa realidad. Por último y sin duda el más atrevido, se señala que estos dos principios impugnados no se sostienen por motivos intelectuales – epistémicos u ontológicos –, sino que son serviciales respecto a razones que trascienden ampliamente este terreno.

En consonancia con el interés y la secuencia argumentativa del presente trabajo, se discutirá en torno al primer plano, aparcándose prisiones cartesianas y presuntas conspiraciones secretas entre Calicles y Sócrates. Para facilitar la comprensión de las proposiciones afirmadas y negadas, se repetirá la pregunta: ¿qué clase de constructivismo es defendido por Latour? No cabe duda de que en primer lugar se asiste a una propuesta sui generis, que muta considerablemente desde la publicación de su más que citado trabajo con Woolgar *La vida en el laboratorio*. El giro clave de su propuesta puede comprenderse con mayor facilidad si se repara en el espectro de agentes considerados participantes de los procesos de lo que entiende por “construcción” de hechos y entidades, siendo clave los no humanos. En otros términos, no se trata de reseñar que ningún fenómeno, social o natural, escapa a la acción humana en función de sus intereses y necesidades, sino que cualquier fenómeno es posible gracias a la creación y constante reformulación de complejas e inextricables conexiones entre agentes humanos y no humanos. Estas conexiones, presentes en cualquier acto cotidiano, posibilitan el intercambio de propiedades entre los mismos durante el curso de las interacciones, y producirían alteraciones constantes de sus estados. Dado este núcleo, resulta más sencillo comprender el consistente grado de discrepancia entre este tipo de propuesta y otras como las de Berger y Luckmann, en la que la propia noción de agencia es reformulada y constituye una propiedad que trasciende a los sujetos humanos.

El otro elemento clave, que permite ver el grado de alcance de la propuesta de Latour y la teoría del actor-red respecto a los intereses de este texto, es la impugnación de la tradicional distinción entre las esferas de lo natural y lo social, separación que tácitamente se ha sostenido a lo largo de mi argumentación. En otros términos, la distinción nuclear de Searle entre hechos brutos e institucionales no es de ningún modo aceptada, si bien es necesario tener en cuenta que la equivalencia entre el par bruto/institucional y natural/social es más que imperfecta. ¿De qué manera se hace esto? Aquí es necesario reparar en un detalle. En este caso, no se pretende impugnar esta distinción indicando que nada escapa a la acción humana y que toda entidad o hecho vendría a ser una “construcción social” de agentes humanos en función de sus intereses y necesidades. Lo que se pretende reseñar es que ninguna entidad existe previamente ni es ajena a cualquier red material, en constante reformulación, que vincula agentes humanos y no humanos. En ese sentido específico ha de entenderse la invectiva de Latour, máxime si los ámbitos de lo social y lo natural en última instancia resultan inseparables y, en función de ello, necesitados de un mismo marco

conceptual, residiendo su equivalencia en la existencia de redes materiales. Afirma Michel Callon: “El observador debe abandonar toda distinción a priori entre sucesos naturales y sociales. Debe rechazar la hipótesis de una frontera definitiva que los separa” (Callon, 1995:262). Como puede verse, la secuencia “ontológica” resulta antitética a la propugnada por cualquier planteamiento realista, partiéndose de lo natural y lo social como instancias inciertas a priori. A continuación, se afrontará esta antítesis mediante dos cuestiones fundamentales: 1) ¿Qué razones pueden aportarse a favor de que no existen entidades independientes y externas anteriores a las redes materiales que conectan entidades humanas y no humanas? 2) ¿En qué medida puede afirmarse que, en tanto forma concreta de red material, la actividad cognoscente produce cambios en las entidades que son su objeto de estudio? Ambas cuestiones son susceptibles de abordarse a partir de un estudio de caso realizado por el propio Latour, consistente en el trabajo de Louis Pasteur sobre el fermento del ácido láctico (Latour, 2011).

Comencemos por la última. Según indica Latour, una serie de experimentos realizados por el reputado químico y biólogo permitieron afirmar que, en contra de las teorías imperantes en su época, un microorganismo era el responsable de la fermentación del ácido láctico y, más concretamente, una levadura. El modo en que Latour interpreta este suceso de producción de conocimiento es clave para ilustrar su concepción, siendo en este sentido un acontecimiento. ¿En qué sentido? En tanto proceso a través del cual numerosas entidades entran en contacto y resultan recíprocamente modificadas, permaneciendo sus estados alterados tras su producción. Al respecto es necesario reseñar que este proceso no sólo consiste en una mera remodelación de los elementos previamente existentes, sino que es más que posible la aparición de elementos nuevos que son susceptibles de transformar el rumbo del proceso y, de algún modo, alterar su ecuación. A grandes rasgos, esto se plasma de la siguiente manera: como consecuencia de los experimentos y los resultados obtenidos, tanto el sujeto (Pasteur) como el objeto de conocimiento (el fermento) – o falso objeto, según Latour – son modificados a través de lo que Latour denomina “intercambio de propiedades”, no sin la mediación de numerosos instrumentos a través de los cuales aquél se vale. Es precisamente esta mediación la que habría de hacer salir del binarismo ontológico, según el cual todo se dirime entre Pasteur y el fermento. De alguna manera, gracias al fermento, Pasteur pasa de sufrir un potencial ostracismo en la comunidad científica a ser una referencia indiscutible de la historia de la ciencia. Gracias al científico, el fermento pasa de ser una sustancia desconocida y cuanto menos oscura en su composición, a ser un elemento perfectamente reconocible y taxonomizado, y responsable de la fermentación láctica. La pregunta que se podría plantear acto seguido es la siguiente. Aun asumiéndose esto, ¿de qué modo puede negarse que Pasteur ha descubierto propiedades de un componente que ya estaban presentes antes de sus experimentos? ¿Por qué no puede afirmarse que la modificación más bien se ha producido, durante los experimentos, en lo que Pasteur afirma sobre el entonces desconocido fermento? Evidentemente, podría afirmarse que la actividad cognoscente del científico y su interacción con su objeto de estudio ha producido cambios en un estado de cosas, como los que se han señalado anteriormente. Sin embargo, no parece quedar claro de qué manera esta actividad ha entrañado un cambio de propiedades – no confundirse con lo que puede afirmarse acerca de las mismas, evidentemente susceptible de múltiples modificaciones – del microorganismo o en su sistema de acción para producir la fermentación del ácido.

De lo dicho se desgranar dos elementos que a juicio de Latour serían cuanto menos controvertidos. Implícitamente, es evidente que supongo la existencia previa e independiente del fermento respecto al sujeto cognoscente, así como la distinción entre un hecho y aquello

que se puede afirmar acerca de él. Tanto uno como otro elemento se condensan en suponer la existencia de “hechos en sí”, vehemente negada en redondo por Latour, lo cual conduce directamente a la primera cuestión planteada.

El primer problema que entraña a juicio de Latour sostener que el fermento propiamente dicho tiene un status ontológico como el que he señalado es que se basa en un supuesto profundamente equivocado. Tal supuesto es la creencia de facto en la asimetría entre las proposiciones y la entidad a la que aluden, en lo que a su historicidad se refiere. En otros términos, se presupone que tan sólo las primeras experimentan cambios, y que la segunda forma parte de una interminable lista de entidades pasivas e inalteradas que, de alguna manera, están disponibles para ser descubiertas por el sujeto cognoscente. La dicotomía sujeto/objeto, el supuesto de la verdad como correspondencia y la separación tajante entre ontología y epistemología reforzarían esta falsa idea, que habría de ser sustituida por otro universo ontoepistemológico propuesto por Latour y la teoría del actor-red: complejas redes compuestas por entidades humanas y no humanas que permanecen en constante articulación.

En primer lugar es necesario reseñar que, como afirma Searle, si bien una concepción de la verdad como correspondencia por fuerza ha de presuponer la existencia de una realidad independiente, no es correcto afirmar lo contrario. En principio, sostener lo último no implica compromiso alguno con una teoría de la verdad, algo que el propio Ibáñez admite cuando afirma que las vertientes epistemológica y ontológica del realismo no se implican mutuamente (Ibáñez, 2001:19). En un caso extremo, resulta compatible sostener simultáneamente que la verdad de un enunciado depende exclusivamente de la convención social imperante y que existe una realidad externa e independiente de nuestras representaciones. Dado esto, la separación entre los ámbitos ontológico y epistemológico sigue siendo legítima y precisa. En segundo lugar, parece evidente que los microbios o las montañas no permanecen idénticas a sí mismas y son susceptibles de condicionar el comportamiento humano, pudiendo ser a su vez modificadas por éste. Por ejemplo, se puede perforar una montaña para hacer un túnel, o los microbios pueden evolucionar hasta el punto de resistir la acción de antibióticos. Sin embargo, esto no habría de llevar a ciertos excesos metafóricos susceptibles de sobrevalorar la agencia de las entidades no humanas. ¿Acaso el fermento podría haberse “escondido” de los instrumentos de Pasteur y no haberse mostrado jamás? Si no existía con anterioridad a sus experimentos, ¿investigaba el científico sobre la nada antes de que se pusiera en marcha esa conexión entre entidades humanas y no humanas? Si Pasteur no hubiera dispuesto de dichos instrumentos, ¿de qué manera podría decirse que no existiría el fermento? ¿de qué clase de capacidad excepcional de generación gozan?

5. CONCLUSIONES: PARA UNA REVISIÓN CRÍTICA DEL CONSTRUCTIVISMO SOCIOLOGICO DE LATOUR

Como se ha podido advertir con celeridad, la aproximación al debate con Latour ha finalizado con interrogantes, formulados con cierta premura. Ello refleja que el diálogo establecido en este trabajo no constituye sino un ánimo, un primer paso y un impulso a la toma de contacto, una vez aclarado el repertorio de conceptos y argumentos relevantes para confrontar posiciones. Asumiéndose esta limitación, cabe señalar los problemas y las sendas por las que habría de discurrir un debate más profundo y preciso, una vez remarcadas las cuestiones más básicas y generales.

En primer lugar, se ha esbozado un breve retrato del realismo, reteniéndose dos elementos básicos: 1) esta perspectiva sostiene una distinción entre hechos que dependen de acuerdo

humano y otros que son ajenos al mismo, teniendo primacía lógica los segundos. 2) el realismo es un presupuesto formal del que se dota cualquier discurso para que sea posible su comprensión normal.

En la sección dedicada a Latour, el análisis de su argumentación aborda dos puntos esenciales 1) delimitación y examen de las razones que llevan a negar la existencia de una realidad externa e independiente de los sujetos cognoscentes. 2) realización de lo propio respecto a los motivos que conducen a sostener que el conocimiento, y en concreto el propio acto cognoscente, implica por sí mismo la modificación de las entidades estudiadas.

Como se ha tratado de remarcar, el modo en que Latour ofrece soluciones a estas cuestiones es ciertamente *sui generis*, y por tanto requieren un tratamiento detallado e individualizado. Aunque por cuestiones evidentes de limitación de un trabajo de estas características esto no haya podido hacerse satisfactoriamente, vale la pena su mención. El primero y más básico es el examen detallado de las razones que le llevan a descartar la diferenciación entre ontología y epistemología. De esta impugnación surge el núcleo de su planteamiento, que lleva a negar la existencia de un sujeto cognoscente y un objeto, así como la diferencia entre los ámbitos de lo natural y lo social. Tal examen contribuiría a una defensa, apuntada por Searle, de los siguientes planteamientos: 1) el compromiso con el realismo no implica por sí mismo compromiso epistemológico alguno, lo cual apuntala la pertinente distinción entre epistemología y ontología sociales. 2) No hay razones poderosas para negar la diferenciación entre hechos brutos e institucionales. El centro de la controversia se sitúa en este segundo planteamiento, irrenunciable incluso para un realismo “de mínimos” e imposible de asumir por parte del núcleo argumentativo de Latour. De ahí la gran dificultad a la hora de alcanzarse un vocabulario común de discusión, si bien desde este propio texto se reconoce la adopción de una posición que indirectamente contribuye a esta situación. Sin embargo, esto no obsta la realización de una crítica fértil desde dentro de su planteamiento, dado que puede asumirse con matices la relevancia de entidades no humanas en la conformación de la realidad social. Su status ontológico es el núcleo de la discusión.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Baert, P. (2001) *La teoría social en el siglo XX*. Madrid: Alianza.
- Bauman, Z. (2000) *Liquid modernity*. Malden: Polity Press.
- Boghossian, P. (2009) *El miedo al conocimiento*. Madrid: Alianza.
- Bourdieu, P. (1997) *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1999) *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Bunge, M. (2007) *A la caza de la realidad. La controversia sobre el realismo*. Barcelona: Gedisa.
- Bunge, M. (1993) “Realism and antirealism in social science”. *Theory and Decision*, n.35 (pp.207-235).
- Callon, M. “Algunos elementos para una sociología de la traducción: la domesticación de las vieiras y los pescadores en la bahía de St. Brieuç” en Iranzo, J.M. Et al (eds.) (1995) *Sociología de la ciencia y la tecnología*. Madrid, CSIC (pp.259-272).
- Hacking, I. (2001) *¿La construcción social de qué?*. Barcelona: Paidós.
- Ibáñez, T. (2001) *Municiones para disidentes*. Barcelona: Gedisa.
- Keat, R., Urry, J. (1982) *Social theory as science*. NY, Routledge.
- Latour, B. (2001) *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- Lizcano, E. (2007) *Hablar por metáfora. La mentira verdadera (o la verdad mentirosa) de los imaginarios sociales*. Conferencia en el Seminario Interinstitucional “Cultura, educación y

imaginarios sociales”. México. Disponible en web:

<https://revistas.utp.edu.co/index.php/miradas/article/view/14961>

Merton, R.K. (1936) “The unanticipated consequences of purposive social action”. *American Sociological Review*. Vol. 1, N.6 (894-904).

Moreno Pestaña, J. (2003) “¿Qué significa argumentar en sociología?. El razonamiento sociológico según Jean Claude Passeron. *Revista Española de Sociología*, nº3.

Sánchez, P. (20 octubre, 2014) “Unos 60 inmigrantes entran en Melilla en varios saltos simultáneos a la valla”. *El Mundo*. Disponible en

web:<http://www.elmundo.es/espana/2014/10/20/5444a7a9e2704ef5438b456c.html>

Searle, J. (1997) *La construcción de la realidad social*. Barcelona: Paidós.

Sennett, R. (1998) *The corrosion of character: the personal consequences of work in the new capitalism*. New York, W.W. Norton & Company.

Breve currículum:

Daniel Lara de la Fuente es doctorando en Ciencias Jurídicas y Sociales por la Universidad de Málaga. Becario FPU 2019. Graduado en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid (Premio Extraordinario de Grado 2017/18). Máster en Teoría y Crítica de la Cultura por la Universidad Carlos III de Madrid. Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid. Sus líneas de investigación se centran en Teoría Política Medioambiental y Filosofía de las Ciencias Sociales.